

Educar y orientar con ojos de niño

Prólogo

En una entrevista concedida a una revista italiana el año 2009, James Heckman, premio Nóbel de Economía del año 2000, comenta: "En Holanda el 3-4% del PIB se invierte en programas de formación activa para el trabajo, pero si analizamos los beneficios económicos, constatamos que son nulos. El motivo es que esta medida llega demasiado tarde para encontrar el método adecuado que permita resolver el problema. Hay que solucionar los problemas desde el momento en que aparecen".

Para preparar mi participación en este congreso formulé la siguiente pregunta a Federico, mi sobrino de 23 años, que con 19 años finalizó la escuela media superior y actualmente se encuentra en situación de desempleo:

"Si pudieses elegir, ¿a qué te gustaría dedicarte?" Lo piensa un largo rato y no sabe qué responder. Tras insistir, me dice: "Piloto aéreo". Después le pregunto "Pero ¿para qué trabajo crees tener más capacidades?" De nuevo tras un largo silencio, me contesta "Para director de teatro". Es interesante constatar que con 23 años no tenga una respuesta, como si nunca se hubiese parado a pensar o nadie le hubiese ayudado a pensarlo; me pareció que las dos respuestas eran tremendamente infantiles.

La primera, piloto aéreo, es una respuesta típicamente infantil, la de un niño que proyecta sus sueños y deseos; la segunda estaba ligada a su última experiencia laboral, el mismo día en que le formulé la pregunta, como ayudante de un director de teatro.

Con 23 años Federico no había hablado nunca de estos trabajos, y no había hecho nada por convertirlos en objetivos concretos. Por último, le pregunté si la escuela le había ayudado en algo a elegir. La respuesta, esta vez, fue inmediata:

"No, lo único que hizo la escuela fue llevarnos de visita a escuelas superiores cercanas cuando estábamos en Secundaria (13 años)".

Se orienta entre los 13 y los 19 años y quien manda es el mercado

Es una práctica corriente en la educación italiana orientar a los estudiantes en las elecciones académicas al término de la educación obligatoria y tras finalizar la escuela superior, dándoles a conocer, como bien decía Federico, las diferentes escuelas y facultades disponibles. En estas ocasiones también pueden surgir oportunidades laborales.

Por otra parte el objetivo más o menos explícito de la orientación académica y profesional es tratar de que la elección de los estudiantes y la demanda del mercado coincidan lo más posible: si se eligen sectores con mayor demanda del mercado, la probabilidad de aceptación será más alta.

Pensando en los últimos 40 años, en que he podido observar cómo el mercado se orientaba a la formación, me vienen en mente al menos cuatro etapas. En los años sesenta la demanda de especialización era muy alta. El mercado demandaba operarios, técnicos y expertos altamente especializados para ofrecer una producción de calidad.

En los setenta, con la rápida evolución de las tecnologías de producción, se cae en la cuenta de que esa especialización dificulta la adaptación a los diversos procesos y modalidades laborales, y el mercado comienza a esperar de la formación más flexibilidad, apertura y creatividad.

En los años ochenta llegan las nuevas tecnologías (el ordenador, la informática) y se pide que la formación pase por una alfabetización digital. En el año dos mil nos hallamos en la era de las redes telemáticas.

Acerca del primer punto, Heckman refiere que intervenir en la adolescencia no puede producir los resultados esperados porque es demasiado tarde.

Sobre el segundo punto, creo que el mercado no tenía ni el derecho ni el interés de establecer la agenda, los objetivos y las características de la formación, y por ende, tampoco de la educación. Carece de derecho porque el proyecto educativo se tornaría conservador, porque proyectado sobre las exigencias del presente se volvería una defensa del pasado. Carece de interés porque, por un lado, no conseguiría contar con operarios en varios niveles, contentos con su labor y que puedan volcar su interés y entusiasmo en su trabajo y a su vez en su empresa, teniendo empresa y trabajador intereses comunes y compartidos, y por otro porque el mercado no es capaz de imaginar las exigencias del futuro como, creo, demuestran los ejemplos citados, y por lo tanto se encuentra siempre detrás incluso de sus propias exigencias...

La orientación comienza a los tres años

Volvamos al origen, a la raíz del problema, al verdadero principio. No se elige a los catorce o diecinueve años, sino a los tres, a los seis.

Aquí se enfrentan dos modos opuestos de entender al alumnado, al profesorado y a la función de la escuela. Por un lado la vieja concepción del alumno que no sabe, que viene a la escuela a aprender. El vaso vacío que se llena poco a poco, acumulando lecciones, conocimientos, competencias. El profesor sabe y viene a la escuela a enseñar a los que no saben. Todos los alumnos son iguales porque ninguno sabe nada, el profesor ofrece a todos las mismas oportunidades, por lo que es legítimo esperar que, tras un periodo de tiempo (un trimestre, un año, cinco años) todos hayan llegado al mismo nivel de aprendizaje. Qué medir de ese vaso vacío que se ha ido rellorando es el objetivo de la evaluación.

Es evidente que en este modelo la orientación hacia la elección de los estudios superiores y de la actividad laboral solo tendrá lugar cuando terminen las exigencias cognitivas y actitudinales precedentes: cada cosa a su tiempo.

Decíamos que ésta es una vieja concepción, rechazada por parte de la ciencia y de los programas ministeriales, pero existente aun en las experiencias de nuestros hijos y sobrinos, y que establece y justifica una escuela que continua funcionando en estas condiciones.

Lo que la ciencia dice, sin ninguna duda, es que al contrario de lo que se ha afirmado, el niño sabe y es capaz y competente desde su nacimiento y que el periodo de mayor crecimiento es el producido durante los primeros años de vida, antes del inicio de su educación formal.

Es precisamente en los primeros meses y años de vida cuando el niño adquiere las bases y los fundamentos sobre los cuales podrá construir la estructura cultural y social que la familia, la escuela y la sociedad le van a proponer. Si no existen fundamentos sólidos no será posible esa construcción. Este niño o niña no asiste a la escuela para empezar a aprender, sino para continuar con su trayectoria de conocimientos, que dura ya seis años y hacerlo junto a sus compañeros, con la ayuda necesaria del maestro y utilizando los instrumentos que la escuela le proporciona.

Pero los protagonistas siguen siendo ellos. En esta escuela el maestro no será ya quien posee la verdad y la garantiza, sino quien proporciona el método, el experto que sabe hacer trabajar conjuntamente a los alumnos con sus diferencias, sacando partido de esa diversidad y resaltando las capacidades y potencialidades de cada uno.

También se forma y manifiesta el fundamento para la identificación de las propias aptitudes, preferencias y aspiraciones a lo largo de estos primeros años.

Pero para que esto sea posible, es necesario evitar dos errores fundamentales en la educación, tanto familiar como escolar.

El hijo campeón, la hija bailarina

A menudo en la educación familiar, se ofrece a los hijos, desde los primeros años, diversas oportunidades de aprendizaje, desde lingüísticas y deportivas a artísticas. A menudo la elección suele ser aleatoria o condicionada por la disponibilidad de las diferentes escuelas. En ocasiones es dictada por las aspiraciones de los progenitores: la posibilidad de que la hija o el hijo puedan vivir experiencias que ellos hubiesen deseado de pequeños y que no han podido vivir, que se convierta en un deportista famoso o niños prodigio del ámbito artístico.

En mi opinión, esta es la peor manera de preparar a los hijos e hijas para la vida y para elegir libremente su futuro basándose en sus propias aptitudes y tendencias a fin de abrirse camino y labrarse su propia profesión. A menudo, la elección de los progenitores es rechazada por los hijos e hijas y, con el tiempo, abandonan tanto el deporte, como el instrumento musical o las tantas técnicas expresivas. Y así, en lugar de apasionarse con la afición de sus progenitores, la terminan odiando para siempre.

Pero el aspecto más negativo es que, de este modo, los progenitores perciben como imposible conocer las preferencias y las aptitudes de sus hijos, que solo afloran en el juego o en el tiempo libre pasado con los amigos.

Observando su comportamiento, los progenitores podrán ayudar mejor a la elección de sus hijos e hijas sin gastar dinero. Decía Julio Velasco, el gran entrenador argentino de volleyball, que no conviene iniciarse en las actividades deportivas demasiado pronto, que es mejor dejar jugar libremente a los hijos e hijas, ya que así es como mejor manifiestan sus cualidades, preferencias y deseos.

Siguiendo esta observación, hay más probabilidades de captar excelentes cualidades y, de paso, hacer más felices a nuestros hijos e hijas.



Buen estudiante como el profesor

Igual de grave es el error que comete la escuela cuando propone como modelo un parámetro con el que el alumno está obligado a cumplir y medirse. Cuando la escuela ofrece una restringida oferta de lenguajes presentados como importantes; cuando pide a todos los alumnos asumir el modelo presentado por el maestro, que incorpora el programa oficial mediante el libro de texto. Los lenguajes importantes son el escrito, el matemático o el científico. Menos importantes son el gráfico, el plástico o el musical. Los lenguajes corporales como la danza, la fuerza o la destreza física no solo no se reconocen sino que además son obstaculizados y reprimidos porque se perciben como inoportunos y fastidiosos. Por esta razón los alumnos que lleguen a la escuela con aptitudes afines a las esperadas y que se expresan voluntariamente en estas lenguas privilegiadas, tendrán una trayectoria académica positiva y satisfactoria.

Aquellos que provienen de culturas o clases sociales distintas a las del maestro, y que son hábiles, competentes y apasionados de otros lenguajes, encuentran dificultades y fracasos hasta que abandonan la escuela al no encontrar ningún beneficio.

Es interesante ver cómo el lenguaje corporal es aceptado durante los primeros niveles de la educación infantil; en efecto, estas expresiones prevalecen en este nivel educativo y al iniciar la Educación Primaria van perdiendo importancia a medida que se inician en el aprendizaje de la escritura y del cálculo, para acabar desapareciendo en la Educación Secundaria.

Por otra parte, la escuela pide a los alumnos, de un modo más o menos explícito, convertirse en lo que sus maestros son, recordar sus explicaciones, saber repetir el contenido de los libros de texto, renunciando a las ideas propias, a las aspiraciones propias y a sus propios sueños. Merece la pena releer un fragmento de una carta escrita por Don Lorenzo Milani¹:

«La escuela debe esperar aquel día glorioso en que su mejor alumno le diga: “Pobre vieja, ya no entiendes nada” y la escuela contesta con la renuncia a conocer los secretos de su hijo feliz, esperando solamente que su hijo sea vivo y rebelde». El alumno rebelde, dice este gran educador moderno, es el mejor, es la demostración del éxito de la educación. Rebelde significa que tiene ideas propias, que es capaz de expresarlas, aunque sea cuestionando al maestro.

Hoy en día, al menos en la realidad italiana, son considerados los mejores, y por tanto dignos de un puesto de trabajo, aquellos que cuentan con una buena familia, conocimientos, apoyo y recomendaciones. Los padres legan su puesto de trabajo a sus hijos, los hijos de profesores universitarios se convierten en profesores en universidades donde sus padres tienen puestos de responsabilidad. Es un escándalo que ahora se considera casi un derecho. Quisiera aprovechar estas páginas para denunciar este abuso que, obviamente, priva de la posibilidad de aspirar a esos puestos a los candidatos más aptos y con más méritos, y propongo dos alternativas:

1. En tiempos de crisis económica, cuando el número de desempleados, especialmente los jóvenes, es tan alto, sigo convencido de que existe un puesto de trabajo, al menos para los mejores.
2. Cada uno de nosotros, de nuestros hijos y de nuestros estudiantes, cuenta con un ámbito, un sector y una potencialidad para el que es útil.

Solo si conseguimos ayudar a nuestros hijos y a nuestros estudiantes a reconocer su nivel de excelencia, podrán llegar a ser los mejores.

¹ Sacerdote italiano que dedicó su corta vida (1923 – 1967) a escolarizar, en su parroquia montañesa, a niños que no habían sido admitidos en la escuela pública. De esta experiencia nos ha quedado un importante testimonio: el libro *Lettera a una professoressa* (traducido al español como *Carta a una maestra*).

Por tanto, la verdadera orientación es aquella que permite a cada uno reconocer sus preferencias, capacidades, deseos y talentos, y desarrollarlos lo máximo posible hasta convertirlos en los mejores, al menos en algún ámbito.

Y no se trata de una elección que puede darse al finalizar la escuela obligatoria o en el momento de elegir la universidad, sino que es un proceso que debe iniciarse desde los primeros años y que acompaña el desarrollo cognitivo, social y emocional de los niños, adolescentes y jóvenes.

De una escuela para unos pocos a una para todos.

El problema radica no tanto en la orientación académica-profesional como tal, sino en el enfoque general de la educación, su filosofía, sus objetivos, sus propuestas, sus métodos. La correcta orientación será una consecuencia más de la correcta educación.

La escuela del pasado, la misma a la que yo asistí de niño, era una escuela para pocos y tenía como función principal completar la educación básica que la familia garantizaba. Los alumnos que entraban, especialmente los que proseguían con sus carreras académicas, procedían de un entorno acomodado, de familias motivadas y cultas. La familia, garante de las bases culturales, esperaba que la escuela completara esa formación, que la enriqueciera con aquellos elementos que sabían serían útiles en sus futuras tareas profesionales y sociales.

Por ello se comprende y se acepta que la escuela se dedicase a instruir en disciplinas aparentemente excéntricas como una bonita caligrafía, la oratoria, la historia antigua, la geografía exótica. Pero estos alumnos se preparaban para cubrir puestos de responsabilidad de la vida política, económica, académica y científica de sus países, donde desarrollar esas competencias tendría un significado.

La gran revolución democrática de la segunda mitad del siglo pasado, tras las grandes dictaduras, tras las guerras civiles y la Segunda Guerra Mundial, ha garantizado a todos los alumnos el derecho a la educación, claramente reflejado en la Cartas Constitucionales de nuestros países. En efecto, hoy día en España e Italia, como en la mayor parte de los países desarrollados, los niños no solo acceden a la escuela sino que casi todos completan la educación obligatoria. Pero la escuela no ha sido capaz de transformarse de un modo coherente y se ha mantenido asequible solo para unos pocos. Sigue siendo un complemento, pero de algo que la mayoría de las familias no es capaz de garantizar.

Necesitamos una escuela para todos, para que cada uno pueda ser el mejor

Para que la escuela sea capaz de responder a las promesas constitucionales y a las exigencias de nuestros países modernos y democráticos, debe ser capaz de una revolución interna, de un cambio radical que la convierta en una escuela para todos y cada uno de los alumnos. Solo en una escuela así cada estudiante será capaz de explotar los recursos y talentos, y desarrollar habilidades personales al más alto nivel posible.

Para lograrlo, la escuela ya no puede confiar en las familias sino que debe asumir la responsabilidad, incluso antes de diseñar sus programas y propuestas, de ofrecer las bases culturales que antes garantizaba la familia. Debe ser un lugar que, por el mero hecho de frecuentarla, ayude a entender cosas nuevas, haga entrar a sus alumnos en otro mundo, el mundo de la cultura, del conocimiento, de las artes, de la ciencia, de las palabras, de la comparación, de la ayuda. Un mundo en el que, respetando el derecho a la diversidad, se aprenda a ser iguales.²

² El artículo 3 de la Constitución italiana no solo establece que «todos los ciudadanos son iguales», sino que «es deber de la República eliminar los obstáculos de orden económico y social que impidan de facto la libertad y la igualdad», y probablemente la escuela sea uno de los instrumentos más eficaces y poderosos para hacer realidad esta promesa.

Un escuela rica. Rica en estímulos, en sugerencias. Con libros, arte, música, colores, plantas, agua. Espacios diversos para usos diversos. Los libros estarán disponibles, con sus características y niveles diferentes, para conocerlos, tratarlos, consultarlos, leerlos, llevarlos a casa y de vacaciones

Una escuela que escucha. Un ambiente donde se considere normal que un adulto, todos los días, dedique un tiempo determinado a la lectura de un libro a los niños. Los niños escuchan al adulto que lee, viviendo por primera vez (muchos de ellos) el milagro de la lectura: la posibilidad de seguir las imágenes y la aventuras que sugieren las palabras. Pero el adulto también escucha a los niños para conocerles, para averiguar lo que saben y piensan. Una escuela para todos debe estar abierta a las contribuciones de todos. Ninguna unidad didáctica debería comenzar con una propuesta sino con un tiempo de escucha. Los niños saben que pueden (deben) llevar su mundo a la escuela porque se trabajará sobre ello. A través de la escucha (atención, curiosidad, interés) activa e interesada, el adulto podrá conocer las aspiraciones y las vocaciones de sus alumnos.

Una escuela abierta. Para que la escuela sea de todos, debe ser abierta al mundo. Primero abierta al mundo de los niños, con sus palabras, sus relatos, sus convicciones, sus invenciones, sus capacidades. Después al mundo exterior, invitando a sus padres, amigos, artistas, científicos... a participar y contribuir. Más tarde se sale de la escuela para encontrarse con el mundo.

Una escuela de muchas lenguas. La escuela debe dejar de elegir los únicos lenguajes formales, literarios y lógicos que excluyen a gran parte de los estudiantes y debe proponer un abanico más amplio de posibilidades, extendiéndolo a aquellos más expresivos, los corporales, las habilidades manuales, las actitudes creativas, de modo que cada niño pueda reconocer los lenguajes más adaptados a su capacidad y sensibilidad.

Esto no implica que la escuela no deba fomentar la lectura, la escritura, la lógica y las matemáticas en todos los estudiantes, pero para llegar a ellos, para muchos estudiantes, lo mejor es consolidar el lenguaje más cercano a sus características y personalidad. De este modo cualquier alumno encontrará la manera más adecuada de aprender en relación con sus capacidades y expectativas para poder esforzarse al máximo, lo que le ayudará a ver la escuela como suya.³

Una escuela de la diversidad. Por todas estas razones la escuela debe ser no para los iguales sino para los diferentes. “No hay injusticia peor que considerar iguales a los diferentes” decía don Milani. Pero no es solo por motivos de justicia, sino para ser una buena escuela. Rico es aquel grupo capaz de integrar las diversas contribuciones de sus miembros.; y pobre aquel cuyos miembros piensan y saben lo mismo. La diversidad es un recurso y un derecho. A partir de este principio, la escuela permitirá que cualquiera de sus alumnos se realiza al máximo de sus posibilidades.

Una escuela científica, con pensamiento crítico. La escuela debe renunciar a su naturaleza dogmática representada por la indiscutible verdad de lo que dice el maestro y lo que está escrito en los libros de texto. Debe abrirse a las características más elementales pero irrenunciables del pensamiento y la investigación científica. Buscar las mejores soluciones confrontando opiniones distintas, aceptando el debate y la verificación. Debe hacer comprender a sus estudiantes que cada problema tiene muchas soluciones posibles y que encontrar nuevas soluciones es siempre motivo de satisfacción y enriquecimiento. De nuevo, una apertura a la recepción de nuevos pensamientos, estrategias y tiempos diferentes.

³ El art. 13 de la Convención Internacional de los Derechos del Niño establece que: «El niño tendrá derecho a la libertad de expresión; ese derecho incluirá la libertad de buscar, recibir y difundir informaciones e ideas de todo tipo, sin consideración de fronteras, ya sea oralmente, por escrito o impresas, en forma artística o por cualquier otro medio elegido por el niño».

Una escuela creativa. Nada de repeticiones ni estereotipos sino seguridad, riesgos, novedades, investigación. Creatividad no significa libertad de expresión y libertad de hacer lo que uno quiere y cómo uno quiere (o no solo eso), sino encontrar soluciones innovadoras y satisfactorias a partir de las difíciles y a menudo estrechas condiciones de la realidad.

Una escuela democrática. Una escuela capaz de escuchar a los alumnos incluso en lo referente a las decisiones de gestión y gobierno de conformidad con el art. 12 del Convenio Internacional, según el cual los niños tienen derecho a expresar su opinión cada vez que se toman decisiones que les incumben.

De la escuela de las aulas a la escuela de los laboratorios

En Italia las familias gitanas a menudo mantienen su tradición nómada. La ley permite a sus hijos inscribirse en la escuela del lugar al que lleguen, durante el tiempo que residan en ese lugar. Un niño gitano se presenta en la escuela con el curso ya iniciado y la maestra lo acoge afectuosamente, se presenta, le presenta a los compañeros de clase, presenta a éstos al recién llegado, y finalmente dice: “Puedes sentarte en tu sitio” El niño la mira asombrado y responde: “¡Pero si no estoy cansado!”.

La escuela de los bancos y las aulas, la escuela en la que se permanece sentado horas y horas, sea cual sea la actividad, es una escuela extraña, lejana a la experiencia y a la comprensión de la mayoría de los niños, pero solo el niño gitano tiene la capacidad y la sinceridad de expresarlo explícitamente.

En la escuela de las aulas se pide a los niños y especialmente a aquellos más débiles y más alejados de su cultura, el esfuerzo más grande. Deben ser capaces de cambiar su modo de razonar, su vocabulario, su actitud cada hora, solo porque suena una campana, sale un maestro y entra otro.

El único soporte que tiene el alumno es el cambio de libro o un cuaderno y nada más. Sale el profesor de lengua con quien se necesitaba ser expresivo, rico y creativo en el uso de las palabras, y con quien se podía compartir impresiones e ideas personales acerca de las letras de las canciones y sobre los autores literarios estudiados. Entra el profesor de matemáticas, y en un minuto es necesario pasar a un lenguaje riguroso, donde las palabras son inequívocas y las reglas, férreas. Después puede entrar el profesor de música con el cual es posible moverse, cantar, tocar algún instrumento... Para los alumnos más afortunados, habituados a actividades variadas y diferentes, probablemente el esfuerzo y la dificultad sean tolerables. Pero para la mayoría de los alumnos estos saltos son imposibles. Si han sido capaces de entrar en el lenguaje y actitudes correctas de la hora de lengua tendrán dificultades para salir de ellas rápidamente y corren el riesgo de continuar razonando de esa manera durante gran parte de la hora de matemáticas, no logrando seguir al profesor u obtener buenas notas.

Considero, por otra parte, que siempre que sea posible, la escuela debería diseñar la estrategia más adecuada para facilitar a todos los estudiantes, especialmente a aquellos que tienen más dificultades, la posibilidad de seguir sus indicaciones y obtener los mejores resultados.

Si pensamos en los hábitos de los artistas o artesanos constatamos al instante que el lugar donde realizan sus obras es siempre especial, muy característicos de su actividad, ricos en estímulos, instrumentos y testimonios. El atelier de un pintor es totalmente del estudio de un músico y el de un carpintero, diferente al de un orfebre o al de un herrero.

Para cada profesional uno es importante “entrar” en su ambiente, con sus instrumentos, sus materiales, sus obras⁴.

⁴ A modo de pequeño testimonio personal, diré que en mi casa, en cuanto tuve los medios para poder permitírmelo, realicé un estudio para Tonucci y otro para Frato. En el primero las paredes están cubiertas de librerías: por una parte los libros de estudio, por otra, los de literatura, los autores más importantes para mí como Milani, Lodi, Rodari. Una parte de la librería está dedicada a mis publicaciones, divididas entre las de Tonucci y las de Frato (los espacios son más o menos iguales). En los escasos huecos he colocado los cuadros de los autores que admiro. En el escritorio, el ordenador y la impresora. Tampoco faltan el fichero con las fichas ordenadas por argumento y los archivadores con las etiquetas de los distintos temas de trabajo. En resumen: en mi estudio todo hace referencia y acompaña a mi trabajo de investigador y escritor. El segundo, el estudio de Frato, es en cambio otro mundo. Las paredes solo muestran mis cuadros y diseños. En los estantes figuran los originales de mis libros de diseño y viñetas. En las mesas diez botes, tarros y vasos sujetan pinceles, plumas, lápices de dureza y colores variados, reglas, cizallas, tijeras y pegamento.

¿Por qué no hacer algo similar también en la escuela? ¿Por qué no pedir a los alumnos realizar las diversas operaciones mentales en lugares distintos, adecuados y sugerentes? Soy muy consciente de que no es la solución a los problemas, pero podría ayudar, especialmente a aquellos más débiles, a perderse menos, a encontrar con más facilidad el sentido a las propuestas escolares y el motivo de los cambios tan rápidos.

Si en lugar de tener una escuela formada por aulas en las cuales los estudiantes esperan el cambio de profesores, tuviéramos una escuela de laboratorios a los cuales los estudiantes van a afrontar los distintos temas de las diferentes disciplinas, dejarían de limitarse a estar sentados para escuchar la lección; irían a los diferentes ambientes adaptados para vivir experiencias distintas de cada disciplina. Para las materias científicas se iría al laboratorio de ciencias con sus microambientes (acuarios, terrarios), con sus cultivos, sus microscopios y estereoscopios, con sus mesas altas, adaptadas a los experimentos, sus lavabos, las vitrinas, los picos de Bunsen... Sin bancos ni sillas. Ahí se hacen otras cosas y parece natural adecuar incluso el lenguaje a las diversas actividades. No existe la cátedra, y resulta natural que el profesor no imparta clase, sino que guía mediante comentarios y experimentos.

Para conocer la naturaleza se precisa además del laboratorio de ciencia, una huerta en el jardín de la escuela. Una huerta como laboratorio, con espacios bien definidos, con sus diversas hortalizas, cuidadas con esmero y pasión hasta su maduración para su recogida y posterior consumo.

El laboratorio de la cocina para experimentar con muchos de los conceptos estudiados en la ciencia y la biología, y vivir experiencias sensoriales a menudo sacrificadas y humilladas en la educación nutricional y el chantaje o la imposición coercitiva de la familia en la baja calidad de las comidas escolares. Un laboratorio donde un grupo de estudiantes pueda prepararse una comida, consumirla con alegría, con el placer de encontrarse con nuevos sabores y la satisfacción de haberla hecho ellos (naturalmente con la ayuda de un profesor)

Para las materias literarias se puede utilizar la biblioteca, teniendo a su disposición la colección de libros de literatura y libros de consulta, como diccionarios, manuales, atlas o periódicos. En las paredes tendremos mapas del mundo para localizar fácilmente las noticias del día o las referencias literarias. Tendremos mesas para escribir.

Para la lectura, la música o el teatro habrá un laboratorio con alfombras, cojines y luces tenues. Un ambiente relajante en que poder liberarse fácilmente de los problemas cotidianos y seguir las fantasías y emociones que sugiere la lectura en voz alta del profesor o el sonido de los instrumentos.

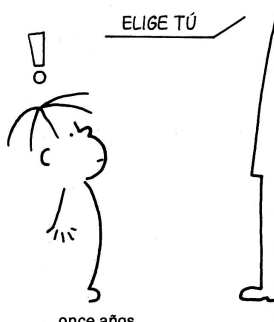
Para el arte, la creatividad y la pintura tendremos un ambiente luminoso, creativo, rico en sorpresas, colores, de materiales extraños y variados. Estantes que albergan los objetos realizados, las pinturas y los instrumentos de trabajo. Botes con pinceles y colores para los grupos de trabajo. El horno para la cerámica. Grandes caballetes para la pintura, mesas para trabajar con la arcilla. Cestas de materiales varios como hojas, telas, papeles de colores, botones, espejos para los *collages*, para crear.

Para la actividad física un gimnasio, pero también el jardín o la calle...

Para las actividades manuales un taller donde poder trabajar la madera, desmontar una bicicleta, soldar metal. Pesadas mesas de madera para la carpintería, mesas de metal para la mecánica. Las herramientas en la pared. Los materiales en cestos y compartimentos. En este laboratorio, por la tarde, los alumnos podrán volver con sus bicis para limpiarlas y ajustarlas. Una buena manera de estimularles en el uso de un medio de transporte sano y ecológico, con el cual la escuela debe comprometerse y participar.

Colores por doquier: de los pasteles a las témperas, del óleo a la acuarela. Y después el papel, en grandes cantidades, de distintos formatos, calidades y pesos. Para mí es muy importante escribir en el estudio de Tonucci y diseñar en el atelier de Frato. Me parece más fácil, más natural. Por supuesto, a veces me ocurre que hago las dos tareas en lugares totalmente inadecuados y mal equipados, pero mientras pueda...

Sorprendentemente en una escuela así no habrá bancos, en algunos laboratorios habrá mesas de trabajo y solo en algunos espacios habrá sillas, para la tranquilidad del pequeño gitano. A los alumnos se les pedirá actividades y movimientos muy diferentes. Se les invitará a pasar de momentos de gran concentración, emoción y atención, a momentos de liberación física y mental, inventando y construyendo. No resulta difícil imaginar como una escuela de estas características será mucho más amigable y comprensiva para aquellos alumnos que tienen dificultades para comprender las extrañas y abstractas propuestas de la escuela. En estos ambientes las diversas propuestas encuentran un ambiente adecuado y adquieren sentido más fácilmente. No es difícil ver como esta escuela se parece por un lado a la escuela de la infancia, que siempre funciona con rincones y laboratorios, y por otro a las escuelas universitarias de alta especialización que, de nuevo, son articuladas con laboratorios más que con clases.



FRATO'70

ORIENTACIÓN

Conclusiones

Creo que es evidente que en una escuela así, que acompaña a sus alumnos y alumnas en su desarrollo, desde los tres a los dieciocho años, todos tendrán la oportunidad real de conocer sus preferencias, sus actitudes y sus capacidades⁵. Tal vez solo bajo estos fundamentos, el estudiante estará dispuesto a comprometerse y emplear sus fuerzas para realizar un sacrificio que le permita desarrollar su límite al máximo posible, hasta convertirse en el mejor.

Para lograr este resultado, tendrá que darse un acuerdo entre la familia y la escuela que permita a los alumnos expresarse libremente, utilizando suficiente tiempo libre. Los adultos observarán, tratarán de entender y adaptarse a las actitudes que los niños expresen y en las que destaquen.

Acompañarán este proceso madurativo ofreciendo experiencia y profundizaciones cada vez más ricas y desafiantes, lo que le permite mantener una relación concreta y real con el mundo exterior, en lugares y ocasiones en que esas tendencias se expresan. El niño que ama escribir conocerá el mundo de la literatura y de la poesía, ofreciendo a sus compañeros un ejemplo que probablemente muchos querrán seguir. Contribuirá en el periódico de la escuela, escribirá artículos que enviará a periódicos locales, frecuentará librerías y bibliotecas. Del mismo modo el niño apasionado por la mecánica deberá poder practicar en los laboratorios de la escuela sus actividades preferidas, conocer y frecuentar los talleres mecánicos de la zona, tomar parte en relaciones cada vez más complejas y satisfactorias. Lo mismo cabe decir del que ama el baile, las matemáticas, la biología o la pintura. La posibilidad de dedicarse propiamente y de la manera más adaptada a su edad a sus actividades favoritas, sin duda será la mejor preparación para la elección profesional y la oportunidad de presentarse al mundo del trabajo, preparados, satisfechos y dispuestos a realizar el máximo esfuerzo.

Naturalmente la posibilidad de dedicarse a las actividades favoritas no debe ser nunca la forma exclusiva de educar. El apoyo de la familia y la escuela debe impulsar siempre a las niñas y los niños a usar las disciplinas más populares y más conocidas como un punto de apoyo, como una base segura para avanzar en otras áreas aparentemente más difíciles y distantes.

Opino que quien se siente seguro en un sector, en el suyo, no tendrá miedo de arriesgar cualquier cosa por explorar y conquistar nuevos sectores de conocimientos y competencias, especialmente si los adultos y compañeros saben hacerle ver que esto enriquece su personalidad y su propia competencia específica.

Francesco Tonucci
Istituto di Scienze e Tecnologie della Cognizione
Consiglio Nazionale delle Ricerche

⁵ Martha Nussbaum, filósofa estadounidense famosa por sus estudios de ética, ciudadanía, mundo clásico, educación y sexualidad, declara que el enfoque de las capacidades es el mejor indicador del PIB «porque permite centrarse no solo en los réditos, los bienes materiales o el porcentaje per cápita del producto interior bruto, sino también en las capacidades de hombres y mujeres: su libertad de elección y sus oportunidades, que son la combinación de las habilidades y los conocimientos de cada uno dentro de un determinado contexto social, económico y político»